



CONFERENCIA DE MONSEÑOR JOSE IGNACIO MUNILLA

EL CORAZÓN DE CRISTO CLAVE DE SANTIDAD

Link a YouTube <https://www.youtube.com/watch?v=cd6XGK0dJyc>

El título que he querido darle a la charla, para que sea un título de esos que verdaderamente intente concentrar el contenido, es el título de *Corazón de Cristo, clave de santidad*. Quisiera hablar, obviamente, del tema de la santidad como la llamada principal que Jesucristo nos ha hecho en esta vida, pero con un matiz sobre cómo el Corazón de Cristo ilumina especialmente y da una clave para que esa llamada no sea un ideal inalcanzable, sino entender que está mucho más cerca de nosotros de lo que suponemos. Corazón de Cristo, clave de santidad. Principalmente me quiero servir de dos cosas: de la exhortación apostólica del Papa, *Gaudete et exsultate*, y también, del Catecismo de la Iglesia Católica, que del punto 2012 al 2016, en esos puntos, habla de la santidad, y hablaré de ambas cosas (de *Gaudete et exsultate*, de esa exhortación, y de los puntos del catecismo)

Decir, también encuadrando esta *Gaudete et exsultate*, que el Papa Francisco comenzó su pontificado con una exhortación de tipo pastoral *Evangelii Gaudium* de la que tanto hemos hablado, que se ha entendido como algo programático, como una llamada a una Iglesia en salida, a una Iglesia misionera con un estilo muy concreto a ser llamados discípulos misioneros, yo creo que ésto ha sido un poco lo que ha configurado el *Evangelii Gaudium*, pero obviamente *Evangelii Gaudium* también necesitaba esta exhortación de la llamada a la santidad. Para hablar únicamente de la llamada a ser discípulo misionero, a ser una Iglesia en salida, sin subrayar al mismo tiempo la llamada a la santidad, se quedaba cojo, porque, entre otras cosas, no sería posible ser misionero sin tomarse perfectamente en serio la llamada a la santidad. Y nuestra capacidad de ser un hospital de campaña, una Iglesia en salida está muy condicionada por nuestra vida de santidad.

¿Cómo sería nuestra pastoral si fuésemos más santos? Sería distinta. Cuando era párroco en Zumárraga pensaba: "Si yo fuese el Santo Cura de Ars, esto sería distinto obviamente" y ahora que soy obispo pienso "si yo sería San Francisco de Sales, sería esto distinto" es obvio que sería distinto. Si en nuestra vida pastoral partiésemos de una experiencia de identificación con el Señor más santa, más plena, serían distintas las cosas. Dios ha hecho a sus santos fecundos. Eso no quiere decir ¡jojo!, que en el fondo sea nuestra santidad personal la que sea la causa del fruto pastoral. Sería un error pensar eso. Si alguien piensa que entonces son los santos los que son la causa del origen de la fecundidad del fruto pastoral no es verdad. Lo que ocurre es que los santos lo que hacen es no ser obstáculo y dejar que la gracia de Cristo fluya, y no son opacos ni siquiera translúcidos, casi son transparentes, y cuando uno es transparente, permite

que la luz de Cristo llegue fácilmente. Ellos no son la causa, la causa es el no ser obstáculo para que la gracia de Cristo llegue.

Cuando éramos unos chavalitos en el colegio, en la clase de física, nos explicaban que había tres tipos de cuerpos: los opacos, los transparentes y los translúcidos, y que los translúcidos tienen una gama bastante amplia: los translúcidos tirando a opaco, y translúcidos tirando a transparente. He aquí la cuestión, aquí es donde nos la jugamos: en la medida en que seamos un traslúcido tirando a opaco verdaderamente somos un impedimento para que Cristo llegue a los demás; en la medida en que seamos un traslúcido tirando al transparente, permitiremos que Jesús se pueda servir de nosotros como instrumentos suyos, que ser instrumento de Dios es algo muy humilde pero muy potente al mismo tiempo. Es tan humilde como potente eso de ser el instrumento de Cristo.

Y después de *Evangelii Gaudium*, era muy importante, *Gaudete et exsultate*. Bien es verdad que Dios es tan misericordioso que es capaz de llevar su gracia incluso aunque los instrumentos no tengamos todavía un trabajo muy potente y muy pendiente de acercarlos al transparente, a pesar de eso, el Señor da su gracia. Ahora creo que da su gracia especialmente cuando los que somos instrumentos del Señor nos presentamos ante el pueblo de Dios como alguien en tarea de conversión. Eso es lo que nos hace instrumentos válidos para la evangelización: presentarte ante el pueblo de Dios como que yo, que estoy aquí entre vosotros, soy el primero que estoy totalmente implicado en mi tarea de conversión. Una de las imágenes del pontificado del Papa Francisco que yo creo que más ha calado es la imagen esa de que cómo baja él y primero se confiesa antes de ponerse a confesar. Se ha confesado el Papa y ahora se pone él a confesar. Es difícil decir más con menos. Hay signos que son elocuentes y ese es uno. Entonces, esta es la clave.

Ahora bien ¿esto quiere decir que la llamada a la santidad tiene como razón de ser el que tengamos que ser más eficaces en la vida apostólica? No, eso es una consecuencia, si no parecería que la llamada a la santidad es de tipo practicista: tenemos que ser santos para ser eficaces. La llamada a la santidad tiene una razón de ser (si no no lo vamos a entender bien) y es que estamos llamados a ser hijos, ser tu hijo y vivir como hijo, o sea, la razón de ser de la santidad no es de tipo practicista sino que el hacer de después es una consecuencia, pero lo lógico es descubrir nuestra vocación de hijos y vivir como tales.

Yo recientemente he tenido la oportunidad de publicar un libro con el título *Dios te quiere feliz* y en torno al título del libro, cuando uno publica un libro, suele haber un momento en que dice "qué portada le ponemos, qué título le ponemos". Fue bonito ese proceso de discernimiento sobre el título del libro, porque en un primer momento dijimos: "*Dios te quiere feliz, Dios te quiere santo*". Es que la felicidad y la santidad no son dos cosas distintas sino que es una misma cosa, son una sola cosa. En realidad, no se si la primera o la segunda conversión, pero la conversión definitiva en nuestra vida acontece cuando uno descubre que ser feliz y ser santo es lo mismo. En ese momento, cuando uno se percata de esa historia, se percata de ese hecho, es cuando tu panorama ha cambiado. Descubrir que ser feliz y ser santo es lo mismo es unificarse todo, hace todo mucho más sencillo, no tener objetivos diferentes, entender que Dios no es enemigo de la felicidad humana sino que es el único garante de la felicidad humana. Ser feliz es lo mismo que ser santo, no hay otra forma de ser feliz que ser santo y no

hay otra posibilidad de ser santo si no es ser feliz. No hay trampa posible escondida. Cuando uno descubre eso creo que ha llegado a un momento clave en su conversión, es clave.

Y se da cuenta de que en esta vida solo hay un drama, que es no ser santo, porque eso es como decir: "no soy feliz, vaya fracaso de vida, soy un desgraciado, mi vida ha fracasado". Y eso es lo mismo que decir "la no santidad es la frustración". Y esto que estamos diciendo, que en esta vida sólo existe un fracaso que es no ser santo porque eso es no ser feliz, esto se lo podemos decir a todo el mundo: se lo puedo decir a los que están en la cárcel, se lo puedo decir a los que están en el hospital, se lo puedo decir a todo tipo de personas en todo tipo de situaciones. En tu vida solo existe un fracaso, solo puede existir un fracaso, todo lo demás es relativo y ese fracaso posible es el no ser santo.

Es más, lo que en realidad me hace sufrir ¿qué es? Hagamos un listado, si repartimos papeles aquí, y que cada uno escriba en su papel qué te está haciendo sufrir? empezáramos a rellenar el papel con muchas cosas: yo creo que esto me hace sufrir esto, me hace sufrir aquello pero temo que si rascásemos en las razones profundas, lo que te está haciendo sufrir es el no ser santo. La no santidad es la causa de nuestro sufrimiento. Entender esto, predicar esto ante el mundo es una luz potente que el mundo necesita escuchar. Las librerías están llenas de libros de autoayuda que son una expresión de a ver quién me da un poco de luz, consejos para ser positivos, consejos para no amargarse, cómo tener resiliencia, que la positividad... Las librerías están llenos de libros de autoayuda que claman por decir "¿por qué no soy feliz?, ¿por qué me amargo tanto?" pero a toda esa literatura le falta una clave: le falta la clave de la redención. Es que sin redención no es posible la santidad y por tanto no es posible la felicidad. Sin la redención de Jesucristo, sin Jesucristo no es posible la felicidad porque nos ha dado la sanación de nuestras heridas y nos ha elevado a la condición de hijos de Dios. Esto es clave.

Mirad, venimos de hacer esta semana ejercicios espirituales en la Conferencia Episcopal. Agradezco que también sé que habéis rezado por ello y os comparto quizás lo que me parece que es la clave porque uno cuando sale de los ejercicios sale con una clave: algo que le parece que le ha dicho el Señor, siempre existe como, el resumen del resumen del resumen, de eso que has recibido de una manera muy personal. Yo creo que lo que he recibido en los ejercicios espirituales es decir: "Señor, dame la gracia de seguirte con una voluntad unificada, sin que se me cuelen en el corazón polizones". Porque se nos cuelan polizones, uno quiere solo amar y servir al Señor pero se te cuelan polizones (se han escondido en este barco unos cuantos polizones): los polizones que te están impidiendo ser feliz, que te están impidiendo tener un corazón indiviso, un corazón plenamente entregado al Señor y tú quieres ahora mismo que esta charla nos pueda servir para ser un estímulo en nuestra vida espiritual, pero se te meten polizones y los polizones que se te meten son: a ver si quedas bien o a ver si o sea se te meten polizones que te quieren robar tu corazón indiviso.

Entonces la clave de la santidad es el corazón de Cristo porque el corazón de Cristo es un corazón indiviso, un corazón que solo es del Padre. Y si nosotros sufrimos es porque nuestro corazón está dividido, es un corazón partido: al mismo tiempo busco la gloria humana y al mismo tiempo busco otras cosas que se me han metido como polizones en el barco. Entonces la clave es el corazón de Cristo. Quien me va a enseñar a amar con

un corazón, con un deseo indiviso, con una voluntad indiviso? Es el Corazón de Cristo que requiere una purificación, una redención, porque se exige una redención. Y algo que me parecía también muy luminoso en los ejercicios es lo siguiente: ¿cómo se hace eso? ¿cómo se alcanza ese corazón indiviso? Con adoración y abnegación, abnegación y adoración, te lo digo por activa y por pasiva, por pasiva y por activa, adoración y abnegación que son las dos caras de la misma moneda. La adoración es decir "solo Dios es Dios, solamente a Dios voy a adorar", pero para eso me tengo que abnegar y purificarme porque veo que tengo cosas adheridas que tengo que eliminar para que la adoración sea verdadera. Y a esa adoración y abnegación se va, por la gracia del corazón de Cristo, se va purificando nuestra capacidad de amar. Por eso creo que la devoción al corazón de Cristo es una clave de la santidad porque ¿quién me enseñará a amar de esta manera? Quisiera tener un corazón indiviso, pero ¿eso es posible? Si es posible porque ha habido un corazón humano que ha amado de esa manera indivisa, que es el corazón de Cristo, que es escuela de amor para nosotros. Esto es importante, es una clave.

A Jesucristo nos tenemos que acercar de tres maneras: por fotografía, por radiografía o por vídeo, me explico con esto. Por fotografía sería, acercarse a Jesucristo por las enseñanzas éticas y morales, por las parábolas que Jesús nos explicó, por las enseñanzas que nos transmitió. Pero la fotografía no es suficiente, hace falta una radiografía. La radiografía es lo que se esconde en el corazón de Cristo, y esa radiografía, en parte está, por cierto, en el capítulo tercero de *Gaudete et exsultate* donde el Papa, hablando de la santidad, hace una descripción de las ocho bienaventuranzas desde esta clave de radiografiar el corazón de Jesucristo y entender lo que es ser pobre de espíritu, tener el corazón puesto en el Padre, ser manso, etc. Es un repaso de las bienaventuranzas desde esta clave de la radiografía que va más allá de la fotografía. Es que conocer a Jesucristo sólo por fotografía supone que todavía que no has entrado dentro. Esa clave del corazón de Cristo es una radiografía, es ver las cosas desde dentro.

Y todavía mas, falta el vídeo. Y el vídeo añade una cosa más ¿sabéis lo que es el vídeo? El vídeo es la vida de los santos. La vida de los santos es como una encarnación de esa fotografía y radiografía en las vidas personales. Y los vídeos son muy importantes porque acercan de una manera muy testimonial, muy concreta, lo que es esa propuesta de Jesucristo. Enamorarnos de los santos, hacernos amigos de los santos es determinante. Uno de los problemas principales que tenemos, en mi opinión, es que no somos suficientemente amigos de los santos. Es muy diferente que una adolescente crezca teniendo en su cuarto, como su modelo de imitación a San Francisco Javier, a que tenga un pelele de un cantante allí, no es lo mismo. No es lo mismo tener esa referencia de Francisco Javier, de ver cómo él da su vida que tener como modelo alguien del que te puedes avergonzar porque el que le conozca de cerca a esa persona que tú estás, de alguna manera idolátrando, que eres fan de alguien que quien le conoce de cerca, igual su mujer te diría: "y de éste eres fan, te lo regalo entero". Es el no ser amigo de los santos es un drama, es una falta de referencia. Me parece que la vida de los santos y la Iglesia está llamada a mostrar lo que Cristo ha hecho en sus hijos: mira lo que ha hecho Cristo en Francisco, mira lo que ha hecho Cristo en Ignacio, y es impresionante. Ese es el vídeo. Luego es muy importante la fotografía, más todavía es la radiografía del Corazón de Cristo que se transluce en todos los vídeos, en todas esas vidas de Cristo realizadas.

Me impresiona cómo comienza el Catecismo de la Iglesia Católica con la explicación sobre la santidad. Os voy a reconocer que en mis tiempos de explicar uno por uno los puntos del Catecismo de la Iglesia Católica, cuando llegué a este punto, pensé: "Madre mía, ¿por dónde empezó el catecismo?". No sé, yo hubiese empezado de otra manera, porque, ni corto ni perezoso, lo primero que dice el catecismo hablando de la santidad (punto 2012) es traernos un texto de la Carta de los Romanos, capítulo octavo, versículos 28 al 30 y dice: *"Sabemos que en todas las cosas interviene Dios para el bien de los que le aman...a los que de antemano conoció, también los predestinó a reproducir la imagen de su Hijo, para que fuera él el primogénito entre muchos hermanos; y a los que predestinó, también los llamó; y a los que llamó, también los justificó; y a los que justificó, también los glorificó"*. Este texto de la palabra de Dios a mí me llamaba la atención de porque había sido este el texto elegido: "En todas las cosas interviene Dios para el bien de los que le aman". Todo estaba pensado por Dios, en el fondo, para una tarea que es la tarea de la santificación, de hacerte santo. En toda la providencia divina no hay otro plan distinto que decir: "a ver cómo conducimos esta providencia por caminos insondables, por caminos que muchas veces son vericuetos, eso de que Dios escribe derecho con líneas torcidas y tú no sabes lo que te conviene, mira la vida cuántas vueltas da ..." y al final, ¿para qué? para tu santidad.

Es curioso ésto y no sé si una vez hemos hecho esta clave de lectura en nuestra vida. Pensamos (ejemplos) "oye, esto ahora por qué...fíjate que tengo un matrimonio que me hace sufrir y yo que siempre había soñado que mis hijos estuviesen todos juntos, que nosotros estuviésemos todos juntos y ahora va y se me ha ido uno a Londres, y ya comienzo a sufrir porque este está un poco disperso y además, vete a tú saber allí, ya se habrá ido a vivir con la novia, ya estoy sufriendo, se me está yendo todo un poco de las manos y encima ahora, no sé yo... este bulto que me ha salido aquí no se a dónde me va a llevar, a ver qué me dice el médico con esto, que ya estoy echándome temblar y esto otro yo qué sé, no sé...". Alguna vez hemos hecho la lectura de la realidad y decir: "oye, ¿y si todo, en esta vida, está pensado en clave de que los escenarios son escenarios en los que acontezca tu vida de santidad?". Es decir, que este sea el escenario que la providencia de Dios te haya dado para que sea santo. ¿Y todo esto por qué ha acontecido? y no será que Dios quiere que en medio de toda esta situación yo me entregue y que no esté esperando a ver cuando pasa este chaparrón, sino que en esta situación Dios tenga un designio de hacernos santos. Por eso, viene a decir que en todas las cosas "Dios interviene en bien de los que le aman" porque el único objetivo definitivo, irrenunciable, en el que nos la jugamos, es ese en que Dios complete en nosotros la obra de la salvación, que Dios lleve a su cumbre la obra buena que ha comenzado en nosotros, que no se quede a medias, `porque es el proyecto de santidad de nuestra vida, que seamos cristificados.

El día de Reyes estuve en la cárcel de San Sebastián, allí es tradición que el obispo el día de Reyes visite a los presos y siempre les entrega como regalo el Evangelio para que durante todos los días uno pueda leer el Evangelio, y les dije esto: "Oye, tu te has puesto a pensar que la historia de tu vida, que en la providencia de Dios en tu vida, Dios tuviese pensado que tú pasases por la cárcel para que este paso por la cárcel pudiese llevarte a descubrir que lo único importante es la vida de santidad y que todo lo demás es un distraerme y que tú aquí recibieses la palabra de Dios como luz, lámpara en tu camino, luz que guíe tus pasos? Igual Dios te ha traído aquí para que puedas escuchar esto, que si no, no lo hubieses escuchado". Y después cuando estamos dando a besar al Niño Jesús, según cantábamos villancicos al final, hubo un hombre que tenía 70 años, era el mayor de la prisión, me dijo: "Después de 70 años Dios me ha traído aquí

para escuchar esto" y le respondí, pues es verdad, eso es exactamente así, que no le quepa a usted ninguna duda, es exactamente así.

Quizás entenderíamos nuestra vida de otra manera. No sé si habéis escuchado este relato de sabiduría china que es muy conocido, es un relato de una historia de la cultura china que dice que un anciano labrador tenía un viejo caballo para cultivar sus campos, pero un día el caballo se le escapó a las montañas. Cuando los vecinos se enteraron se acercaron para lamentar su desgracia y el anciano les dijo: "Bueno, buena suerte, mala suerte, quién sabe". Una semana después, el caballo volvió con una manada de caballos salvajes detrás de él. Los vecinos, sorprendidos viniendo ese chollo felicitaron al labrador por la buena suerte que había tenido, a lo que el labrador respondió: "Bueno, buena suerte, mala suerte, quien sabe". Luego resulta que el hijo del labrador intentó domar a uno de los caballos salvajes, se cayó y se rompió una pierna y a todos los que le decían "vaya mala suerte", el nombre repitió lo de siempre: "Buena suerte, mala suerte, quien sabe". Y unas semanas más tarde, el ejército entró en guerra y estaba reclutando a jóvenes, pero como aquel chico tenía la pierna rota y no se podía levantar de la cama, no le reclutaron para la guerra y entonces el padre dijo lo de siempre: "Buena suerte, mala suerte, quién sabe". Y supongo que en la cultura oriental la moraleja de ese relato es decir: "las apariencias engañan, no tenemos ni idea, la vida no la controlamos" pero desde nuestra perspectiva la lectura es distinta, que es exactamente el punto elegido por el catecismo: *"Sabemos que en todas las cosas interviene Dios para el bien de los que le aman"*. Esta es la afirmación primera cuando vamos a hablar de la santidad: todo cuanto acontece en esta vida, también la llamada a este retiro, está integrado en un plan de Dios que está completamente comprometido con el empeño, con el reto de nuestra santificación, este el único fin, la única meta.

Continúa el catecismo y dice el punto 2013, el siguiente: *"Todos los fieles, de cualquier estado o régimen de vida, son llamados a la plenitud de la vida cristiana y a la perfección de la caridad. Todos son llamados a la santidad: 'Sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto'"*. Todos llamados a la santidad. ¿Qué ocurre? que en nuestro mundo, en nuestra cultura occidental, esta es una llamada que comenzamos ya por un problema y es que encuentra una escucha escéptica., es el "no exagerar, no hay que ser fundamentalista". Seamos sinceros, esa sería la reacción mayoritaria si en este momento, alguien se pone en medio de la calle haciendo una llamada a la santidad y lo primero que alguien diría sería "ya está el fundamentalista de turno, ya está aquí el talibán este", y sería la lectura primera que se haría porque este mundo ha hecho de la mediocridad su bandera, sin llamarla así, pero ha hecho de la mediocridad su bandera.

Yo tuve en mis años de seminaristas un profesor que ya falleció, se llamaba don Don Evencio, y el hombre un día nos dijo: "chavales, es muy importante que en vuestra vida no confundáis lo normal y lo corriente. Confundir lo normal y lo corriente es un drama". Porque lo corriente será que la mayoría de los jóvenes, en determinados ambientes, beban alcohol, estén hasta no sé qué horas, fumen no sé qué.... eso es lo corriente, pero no es lo normal, por muy corriente que sea no es lo normal. Y nos decía él: " y lo normal es que un joven cristiano rece a su madre, rece el rosario, se consagre a ella e intente ser hijo suyo, pero no es corriente, es normal pero no es corriente". Entonces decía: "Nos va la vida en distinguir lo normal y lo corriente". Y, la verdad, es que es algo que se me ha quedado muy grabado y que he repetido muchas veces lo que nos contó D.Evencio allí en el seminario. No sé exactamente qué clase era, si, era la clase de

moral, y precisamente lo que él quería transmitirnos en esa clase de moral es que lo normal es la santidad y es que lo otro, es una anormalidad.

Recuerdo una entrevista, de esas que se le hizo a la Madre Teresa de Calcuta, de las pocas entrevistas que se conservan, y había un periodista de la BBC que le dice: "Madre Teresa, dicen, por ahí, que usted es como una santa viviente ¿qué dice usted al respecto?". Yo creo que en mi vanidad hubiese respondido: "No, yo soy un pecador, no sé...", me hubiese sentido súper incómodo con la pregunta y hubiese dado una falsa imagen de humildad, pero ella ni corta ni perezosa le dijo al periodista: "Oiga, usted tiene que ser santo como periodista y yo como religiosa, porque la santidad no es un privilegio raro de algunos, sino que es la vocación común para usted y para mí". ¡Madre mía! Esa fue una respuesta en la que ella no se apropiaba de nada; lo que es de Dios es de Dios y los míos. Y por otra parte es así, una de las primeras cosas que tenemos que hacer es rescatar el concepto de santidad, la llamada a la santidad, de ese terreno en el que ha quedado un poco como excéntrico o verdaderamente en un terreno como que no forma parte de la vida real. La tenemos que hacer cotidiana, familiarizarnos con la santidad. Lo normal es la santidad, lo normal es alimentarnos de ella. Dices "es que tenemos muchos defectos" y es que lo curioso es que los santos también tuvieron muchos defectos e hicieron de la batalla contra sus defectos el escenario, el territorio en el que Dios quería llevar adelante su santidad, y supongo que sus defectos murieron en unos quince minutos después de ellos, más o menos. Pero precisamente su santidad consistió en no hacer un pacto con la mediocridad, he ahí el ideal de la santidad!

No es lo mismo ser santo que ser perfecto. Es verdad que en algún momento el Evangelio utiliza la palabra perfección como sinónimo de santidad cuando dice "sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto". Es verdad, la palabra perfección y santidad pueden ser sinónimas, pero también es cierto que, en otro sentido diferente de la palabra que hace más referencia al perfeccionismo, etc, no es lo mismo santidad que perfección, no es lo mismo. Porque precisamente forma parte de la santidad el ser conscientes de que Dios ha querido que cada uno de nosotros llevemos adelante nuestra batalla: uno que tiene una tendencia depresiva siempre va a tener tinieblas, siempre estará un poco quejándose de todo, obviamente el escenario que él va a tener es luchar con esa tendencia depresiva, por eso yo no soy quién para juzgarle, pero ese va ser su campo de batalla, y Dios sabrá esa lucha que hay entre su tendencia natural y el don de la gracia, ese será su territorio de batalla de santidad. Y a otro le apretará el zapato por otro lado distinto, quizás por el orgullo o la vanidad o la sensualidad, cada uno tendrá un lugar en el que acontece. No es lo mismo santidad que perfeccionismo en ese sentido.

El cristiano que está comprometido plenamente con la santidad es aquel que no hace un pacto con sus pecados ni con su mediocridad; es aquel que no pierde la esperanza frente a sus pecados y debilidades, que no pierde la esperanza frente a ellos. En una frase de San Juan Pablo II "no somos la suma de nuestros pecados y nuestras debilidades sino que somos la suma del amor de Dios Padre y de la libertad redimida por Jesucristo" y tenemos esperanza por lo tanto en que Dios llevará adelante esa tarea de la santificación. Entonces no acomplejarse porque nos pueden llamar fundamentalistas por tener esa esperanza de la santidad. El Evangelio muestra lo que es la radicalidad evangélica, y ésta no tiene nada que ver con el fundamentalismo. La radicalidad es ir a la raíz, saber que en ella se juega la clave y el sentido de la vida. Entonces, cuando la Iglesia ha predicado la existencia de los pecados capitales y de las

virtudes contrarias, lo ha hecho sabiendo que no puede haber puntitos intermedios: frente a la soberbia, humildad; frente a la avaricia, generosidad; frente a la lujuria, castidad; frente a la ira, paciencia; frente a la gula, templanza; frente a la envidia, caridad; frente a la pereza, diligencia.

¿Esto no es, un poco, apuntar demasiado alto? ¿no sería más prudente apuntar a un cinquillo, apuntar a una especie de pacto con prudencia, entre comillas, porque entre la soberbia y la humildad podemos dejarlo en un orgullo digno; o entre la avaricia y la generosidad en una sana ambición; el puente entre la lujuria y la castidad esta en una naturalidad un poco sensual, hay que ser naturales; o entre la ira y la paciencia lo dejamos en un carácter espontáneo; o entre la gula y la templanza, en un gusto propio, hay que tener gusto propio; y entre la envidia y la caridad en un egoísmo controlado y entre la pereza y la diligencia en una comodidad moderada. Esto es engañarnos, eso es no conocer la condición humana. Quien apunta a la mediocridad obviamente no lo va a conseguir el cinquillo, va a ser un translúcido tirando al opaco, no nos engañemos, va a tirar al opaco. Y quien apunte al transparente, entonces, se acercará en su translúcido más al transparente. El cinquillo no existe, no ha existido nunca.

Yo creo que cuando la Iglesia hace una propuesta de santidad, una llamada a la santidad, lo hace en base a dos cosas: lo hace en base a que conoce el corazón de Cristo y que conoce el corazón del hombre. Y porque conoce el corazón del hombre sabe que si a un corazón joven le pides mucho, da más, y si le pides poco no da nada, eso siempre ha sido así, eso es conocer el corazón del hombre. Y por otra parte conoce el corazón de Cristo, y el corazón de Cristo sabe que te da ese don, que te da esa gracia. El corazón de Cristo es capaz, porque no se trata de voluntarismo, se trata, y vuelvo de nuevo a la raíz de lo que es el corazón de Cristo, se trata de que Cristo es capaz de ayudarnos a amar de esta manera. Conocemos el corazón de Cristo y eso es posible, porque Cristo lo ha vivido como hombre y se lo ha dado a los santos y nos lo quiere dar a nosotros; no es cuestión de voluntarismo. A mí me enamora ese pasaje del encuentro de Jesús con Zaqueo: entra en casa de Zaqueo y allí, supongo, no sabemos de qué estaban hablando pero es de suponer que estaría contando las parábolas del Reino, etc, y de repente se pone Zaqueo de pie y ante la sorpresa de todo el mundo, especialmente de su mujer, él de repente dice: "La mitad de mis bienes se los doy a los pobres y si algo he robado a alguien le daré cuatro veces más". Y le contestan: "Zaqueo, ¿pero qué estás diciendo, alguien te ha dicho algo, alguien te ha reprochado algo?". y responde "No, ya sé que nadie me ha reprochado nada, pero es que yo he conocido el corazón de Cristo y sé que el encuentro con la gracia tiene como consecuencia la transformación de la vida". Nadie me lo ha dicho, ya lo sé, pero es que el encuentro con el corazón de Cristo lo hace posible, lo hace necesario, que es distinto, no sólo es posible sino necesario.

Recuerdo a un profesor italiano, que ya está jubilado, pero fue de esos maestros de escuela, de esos tradicionales de los pueblos y que tenía un librito escrito sobre anecdotario con sus alumnos de los pueblos de Italia, con aquella imagen del maestro de después de la Segunda Guerra Mundial, la que pesó tanto en la educación de nuevas generaciones. Y tenía en aquel pueblo, el típico alumno, entonces además eran escuelas de esas en las que estaban todos los cursos mezclados(porque no había en aquel pueblo, me decía él, alumnos suficientes para tenerlos separados) y debía haber un tal Pietro que se las traía. Era el típico chaval que era un imposible, que por hacerse el gracioso reventaba todas las clases y el chaval se pasaba más tiempo en el pasillo

que dentro. Y me contaba aquel hombre que un día en el que ya no sabiendo qué hacer, se le ocurrió decirle al chaval, por quitárselo un rato más: "Mira, vete a la iglesia y te pones delante del sagrario y a ver qué te dice Jesús". Cogió y lo mandó allí y me decía, pensando que me lo voy a quitar así un rato más de encima en vez de tenerlo aquí en la puerta. Y el chaval tardaba y tardaba en regresar lo que le llamó la atención, y cuando entró dice que se le vio que algo había pasado y que el chico tenía los ojos de haber llorado mucho, y entonces le preguntó ¿qué te ha dicho Jesús?" y el chico dice que le dijo: "Me ha dicho que también usted me perdona". Y entonces, me decía: "Creo que fue lo único que hice en mi vida con ese chico que realmente le pudo transformar. Yo no he podido con él, a base de reprensiones no he podido hacer nada y por desesperanza, porque no sabía qué hacer, se me ocurrió mandarle delante del sagrario y fue lo único que hizo algo con él". O sea, me di cuenta que cuando alguien se sabe amado, es posible la santidad, es un don.

Por eso los dos puntos siguientes del catecismo, el 2014 y el 2015, plantean correlativamente dos temas que son como las dos salas: la mística y la ascética. El 2014 habla de la mística y el 2015 de la ascética. *"El progreso espiritual tiende a la unión cada vez más íntima con Cristo; esta unión se llama mística"*(punto 2014). Y el siguiente habla de la ascética. Es muy importante tener en cuenta estos dos aspectos: igual que la razón y la fe se conjugan, tienen que estar conjugadas para llegar a Dios, la mística y la ascética, las dos también tienen que estar conjugadas. Hoy en día puede existir el riesgo de voluntarismo y el riesgo de una falsa mística. Una falsa mística que pretende llegar a Dios sin implicarnos nosotros plenamente en esta gran batalla.

En *Gaudete et exultate*, en el capítulo segundo, el Papa nos habla de dos sutiles enemigos de la santidad. Es interesante, dice: "Dos sutiles enemigos de la santidad". Uno primero, el gnosticismo, y otro, segundo que él llama el pelagianismo. Gnosticismo y pelagianismo, brevemente expuestos: el gnosticismo es aquel que atribuye la salvación a la inteligencia, pensar que la salvación va a ser alcanzada por aquellos que han descubierto una especie de teoría secreta que únicamente los iniciados, los que están más adelantados son capaces de entenderla. Es un poco, esa tendencia mística que está presente también en nuestra cultura, en toda esa tendencia orientalista que en este momento se introduce, es una tendencia gnóstica de pensar que al encuentro con Dios pueden llegar aquellos que han conocido las cábalas, han conocido, lo que es una especie de concepción del hombre que estaba oculta, y que si se te abren los chakras, no sé qué y no sé cuánto... Un momento: el conocimiento de Dios está reservado para los sencillos: "Si no os hacéis como niños, no entraréis en el Reino de los Cielos". El gnosticismo es la tendencia a una invención mía de cómo es Dios, a un subjetivismo. Es un calentar la cabeza pero enfriar el corazón. Están llenas las librerías de libros de este tipo, de tendencia gnóstica. Yo estaba viendo cuáles han sido los libros más vendidos estas Navidades de temas de espiritualidad y, entre los libros más vendidos, están libros de tendencia gnóstica, todos de cábalas, de no sé qué. Esa es una tendencia en la que no terminamos de convencernos, porque a Dios se le conoce arrodillándose humildemente: si no os hacéis como niños, no entraréis en el Reino de los Cielos. Todo eso es papel manchado de tinta.

Y está, por otro lado, el segundo sutil enemigo, que es el pelagianismo, como dice el Papa, que atribuye la salvación a la voluntad; que lo que dice es: menos rezar y más hacer ¿y qué hacen esas monjas ahí metidas entre cuatro muros?, ¡más les valdría si estuviesen fuera! Eso también forma parte de esta cultura: entender que la salvación

está únicamente referida a las obras que hacemos. Eso es olvidarnos de la dimensión vertical del don de la gracia y pensar que el mundo lo salvo yo con mis obras. Esa tendencia está en nuestra cultura, ¡vaya que si está! Es despreciar los medios de gracia, despreciar la oración y pensar que el mundo lo salvo yo con mis obras buenas. Eso es pelagianismo. Son los dos sutiles enemigos de la santidad: la tendencia gnóstica, que pone todo su acento en el conocimiento, y la tendencia pelagiana, que pone todo su acento en la voluntad humana. Las dos son dos falsedades.

Nosotros creemos en la gracia de Cristo, que es la gracia de Cristo la que salva, que no somos nada sin la gracia de Dios. Es la gracia la que nos purifica, la que nos da un corazón indiviso, la que nos permite amar como el corazón de Cristo. Y obviamente, cuando eso ocurre, el hombre entero se pone en funcionamiento, y todas nuestras fuerzas y energías están ahí. Alguien dijo: "Cuando Dios da su gracia, el hombre suda". Pues claro que suda, porque en un momento determinado, la gracia es de Cristo, pero hace que nos entreguemos plenamente con todas tus energías y no hay nada que se quede sin entregar en esa batalla. Todas tus energías están puestas en función de la batalla de la santidad, y es por gracia de Cristo que tú puedas pelear. Cuando Dios da su gracia, el hombre suda; y es una gracia poder sudar por la gracia de Cristo, para así conseguir esa gran batalla, esa gran meta de la santidad.

Termino con el último de los puntos del catecismo, que es el 2016, que dice cómo "*la Santa Madre Iglesia espera justamente la gracia de la perseverancia final y de la recompensa de Dios, su Padre, por las obras buenas*". O sea, esperamos que Dios culmine esa gran batalla de la santidad al final de nuestros días. Dos cosas voy a decir para concluir: primero, que la perseverancia final hay que pedirla como una gran gracia: "Señor, dame la perseverancia final". Es decir, que mi vida sea perseverante, que no sea hoy sí, mañana no. "Señor, dame la gracia de la perseverancia". Y segundo, que confiamos mucho en Dios y que existe una gran noticia de la cual hablamos poco pero que es un don de la misericordia, y es la existencia del Purgatorio. Sí, la existencia del Purgatorio es también una manifestación de la misericordia de Dios, que es capaz de cumplir con su promesa de hacerlos santos, más allá incluso de esta vida, purificándonos más allá de donde nosotros no habíamos llegado a purificarnos en esta vida. Se habla de que la promesa de Dios por la santidad se lleva adelante, más allá de esta vida, en ese estado de purificación. Y por eso oramos por nuestros difuntos y, cuando oramos por nuestros difuntos, cuando ofrecemos la santa misa por ellos, que sepáis que estamos ayudando a completar la tarea de la santificación. Bendita Iglesia en la que todos nos ayudamos unos a otros, formando una gran comunión con ese objetivo común de la santificación. Por eso, invocamos a María, nuestra Madre, como aquella que está plenamente entregada, también en esa ayuda de las almas, más allá también de esta vida.